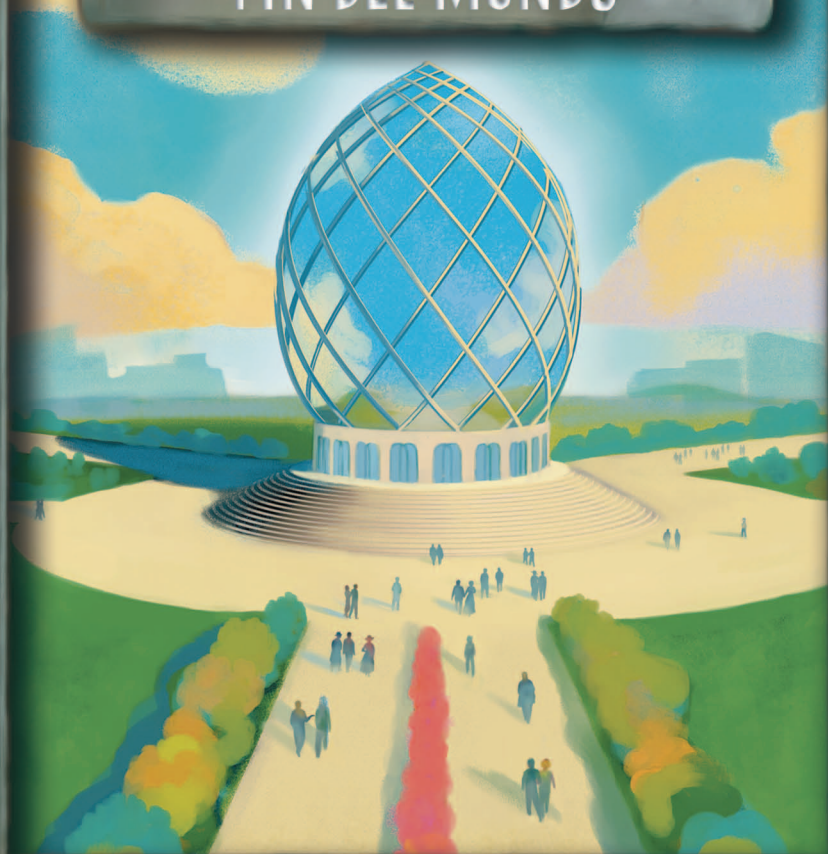


Pierdomenico Baccalario

CYBORIA

ÚLTIMA ESTACIÓN:
FIN DEL MUNDO



ALGUNOS AÑOS ANTES...

El aire, cargado de electricidad, parecía vibrar. Olía a ozono y a humedad. Un zumbido similar al de un enjambre de abejorros se elevaba sobre la larga nave de cemento repleta de máquinas, cuyos muros estaban coronados por una pasarela de hierro que recorría todo el perímetro del edificio.

—Eres un loco —sentenció Elisabeth Bowler-Lytton, que bajaba por unas empinadas escalerillas de hierro intentando no mancharse el borde del vestido.

Ettore Zap se dio la vuelta. Ya no tenía aquella tupida mata de pelo rubio por la que había sido conocido tiempo atrás, pues sus cabellos eran ahora blancos y áridos como la paja reseca.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó sin sacar la mano izquierda del bolsillo de la bata. Aquella costumbre de meter las manos en los bolsillos le había salvado la vida más de una vez.

—¡He dicho que eres un loco! —repitió la mujer en voz alta—. ¡Y deberías detener todo esto de inmediato!

Dos soldados de uniforme gris, de guardia ante la cúpula de cristal traslúcido que cubría el centro de la nave, posaron el fusil sobre sus hombros.

Zap soltó una carcajada heladora.

—¿Detenerlo? —tronó—. ¿Y por qué iba a detenerlo? ¡Es mi sueño! ¡Nuestro sueño! ¡El siguiente paso hacia la evolución de la especie! ¿O es que ya lo has olvidado, Elisabeth? Nosotros hemos empezado a cambiar el mundo... ¡Y, para ello, tenemos que liberarnos de su pasado!

Zap, para dar mayor énfasis a su discurso, golpeó la carcasa metálica de un condensador y el eco de aquel golpe se extendió por toda la nave.

—Yo he dejado de comprenderte... ¿Qué pretendes, Ettore? —preguntó Elisabeth, que fingió no haber oído sus palabras.

—Tenemos que encontrar las fuerzas para dar el siguiente paso. Las respuestas se acumulaban en la garganta de Elisabeth.

—¿El siguiente paso? ¿Y nuestros hijos, nuestros proyectos... la ciudad del futuro?

—¡Tenemos que hacerlo precisamente por ellos! ¡Por nuestros proyectos! ¡Por el futuro! ¿Nunca te has preguntado por qué la ciudad está vacía? ¿Dónde nos hemos equivocado?

—La gente no estaba preparada... —divagaba Elisabeth con aire soñador—. La guerra...

—¡La guerra no es el problema, sino la solución! —dijo Zap, moviendo con énfasis la mano que tenía fuera del bolsillo mientras se aproximaba hacia ella—. Y si esa gente no está preparada, tendremos que formar a otra generación. ¡Hay que barrer del mapa el culto al pasado! Y nosotros, nosotros, Elisabeth, ¡somos los barrenderos!

Elisabeth, incapaz de contenerse, se llevó una mano, enfundada en un guante, a la boca.

—Entonces voy a pedírtelo de otra forma, Ettore. Si todavía te importo algo, ¡detente!... ¡Hazlo por mí! Hazlo por lo que ha habido entre nosotros...

Zap abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Entre nosotros? ¿Entre nosotros? ¿Pero cómo tienes el valor de decirme algo así? ¿Por qué te empeñas en... torturarme?

—Porque quiero que te detengas.

—Pues no voy a hacerlo, Elly... ¡No voy a hacerlo! —dijo Zap, dando un paso atrás y apartando la mirada de Elisabeth.

—¡Eres un loco! —insistió ella.

Elisabeth estuvo meditando durante un buen rato. Luego se dirigió hacia el cuadro de mandos. Observó las agujas de los manómetros, que seguían un movimiento ascendente; observó los interruptores en forma de palanca, todos en posición vertical.

—¡Tú lo has querido! —exclamó, bajando una de las palancas.

Una descarga eléctrica recorrió toda la nave y se estrelló contra sus muros provocando un chasquido ensordecedor.

—¿Qué estás haciendo? —gritó histérico Ettore Zap mientras se abalanzaba sobre ella—. ¡Detente! ¡Vas a destruir el generador!

—¡Es mejor así! —exclamó Elisabeth mientras hacía descender otra palanca.

Tras un parpadeo, las luces de la nave se apagaron. Una serie de descargas eléctricas resplandecieron aquí y allá, culebreando en medio de la oscuridad.

Zap dio un empujón a Elisabeth para apartarla del cuadro de mandos.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡Soldados! —gritó.

Elisabeth miró a su alrededor con aire desesperado. No tenía otra elección. A sus pies se abría una amenazadora sima en

la que se movían los engranajes de las turbinas. Una correa, que servía para cargar de energía a los generadores, giraba en torno a dos ruedas de bronce emitiendo un suave silbido. Elisabeth, levantando los bordes de su falda, se encaramó a la pasarela.

—*Aufhalten!* —gritaron los soldados—. ¡Alto!

La mujer, con manos temblorosas, sacó de su cuello de encaje un colgante de oro y, después de besarlo, se arrojó al abismo.

El corazón de Ettore Zap se detuvo.

El cuerpo de Elisabeth se deslizó con suavidad por la cinta de cuero y fue lanzado contra dos engranajes cubiertos de grasa, que trituraron las piernas de la mujer entre sus dientes de hierro sin que esta emitiera ni tan siquiera un gemido.

Toda la maquinaria exhaló un profundo quejido y, tras una serie de prolongadas sacudidas, empezó a detenerse. El ruido que producían los engranajes bajo aquella presión se incrementó, al tiempo que los paneles de chapa comenzaban a vibrar.

—*Aus los geht weg! Aus los geht weg!* —gritó Ettore Zap a los soldados—. ¡Fuera, marchaos de aquí!

Zap se precipitó hacia las escalerillas que servían para el mantenimiento y descendió.

Descendió.

Y descendió aún más.

El cuerpo de Elisabeth, aprisionado en aquel cepo de acero, se encontraba tendido boca arriba, con la espalda arqueada hacia atrás.

Todavía estaba viva.

—Ettore —murmuró con un hilo de voz.

Ettore tomó su mano, que sujetaba con fuerza el colgante.

—¡Oh, no! ¡Maldita sea! —imprecó el inventor—. ¡No! ¡No puede ser!

Una lluvia de chispas hizo explosión sobre sus cabezas. Aquel mecanismo bloqueado estaba provocando un colapso en cadena: algunos cables entraron en contacto y se fundieron entre sí, mientras una de las turbinas del estanque se desplo-maba con un estruendo ensordecedor y una cascada de agua invadía aquella cavidad, arrastrando todo cuanto encontraba a su paso.

La mano de Elisabeth iba perdiendo fuerza.

—Yo te perdono, Ettore...

—¡Elisabeth! —gimió él—. Yo no quería que esto sucediera...

Una sonrisa de amargura se dibujó en el rostro de Elisabeth.

—En cambio yo sí, querido Ettore. He sido yo quien lo ha querido. Alguien tenía que pararte los pies...

A continuación escupió un poco de sangre.

—¡Oh, no, maldición! Tal vez pueda... sacarte de aquí y...

—No, no puedes —susurró ella, que abrió ligeramente la mano y dejó caer el colgante.

—Pero... yo... no puedo quedarme aquí parado mientras que tú...

—Yo... yo ya no siento nada, Ettore.

—¡Deja que lo intente!

Se puso en pie y empezó a buscar una palanca o alguna herramienta que le permitiera liberar a Elisabeth de aquella pesadilla de hierros y engranajes.

—Piensa... en... Hermann —susurró la mujer.

—¡No hables! Voy a salvarte, Elisabeth, y después me ocuparé de ti y de tu hijo. ¡Te lo prometo!

—No podrás hacer nada de eso... —replicó Elisabeth negando con la cabeza—. Yo me estoy muriendo y él... él ha vuelto a casa.

Zap se estremeció.

—¿A Cyboria? ¿Por qué?

—Quería mantenerlo apartado de... —sintió un punzante latigazo en la espalda que le impidió continuar—... de todo esto.

—¡Oh, no! —dijo Zap, tambaleándose.

Las piezas de la instalación eléctrica empezaron a saltar por los aires. Las pasarelas se desprendieron de sus soportes y una lluvia de chispas y de tuercas se precipitó en torno a Zap y a Elisabeth.

La luz se apagaba en los ojos de ella.

—¿Puedo hacerte una última pregunta, Ettore?

—Sí, claro. ¿De qué se trata?

—La mano en el bolsillo... ¿Por qué llevas siempre... la mano... en el bolsillo? —susurró la mujer poco antes de expirar.

Los acumuladores estallaron y lanzaron fragmentos de maquinaria por todas partes, al tiempo que los cables de la electricidad se sumergían en el agua que se arremolinaba en el estanque.

Elisabeth Bwler-Lytton había muerto.

PRIMERA PARTE

Célula, rayo de oro
que traspasas el cielo, que rasgas el mar,
que entras en la tierra,
guerra anhelante, eterna,
contra la quietud que envuelve en sombras
esperanzas y movimientos.

Luciano Folgore,
«El canto de los motores», 1912

16. EL ÚLTIMO DÍA

Al otro lado de la cristalera los pájaros se movían continuamente de un lado a otro. Bandadas de aves revoloteaban en torno al único árbol que había en el patio e intentaban asaltarlo como si fuera un hotel en temporada alta.

Otto los observaba con fascinación.

—Muchachos, a mi edad... podíamos reconocer a un estudiante de pretecnología porque iba siempre con las manos en los bolsillos —decía el profesor Pierpaoli a una clase que no le estaba prestando ni la menor atención.

Era el último día de clase y en el aula se respiraba ya cierta sensación de inquietud: los profesores eran incapaces de retener a los alumnos en sus pupitres.

Menos mal que Pierpaoli, un gris profesor de matemáticas —a quien le había tocado la última hora del año, es decir, la más inútil de todas—, sí que era capaz de conseguirlo.

Otto se quedó mirando a Pierpaoli mientras decidía si lo escuchaba o no. El profesor no se reía casi nunca. Su piel estaba cubierta de arrugas y su camisa perfectamente planchada.

—Había que meterse una mano en el bolsillo para evitar que... ¡Callaos vosotras dos! —rugió Pierpaoli reprendiendo a

las hermanas Ferrero, que se sentaban en la segunda fila y no paraban de hablar.

Aquella exclamación sirvió para despertar a buena parte de la clase.

—¡No sé por qué pierdo el tiempo con vosotros! —gritó de nuevo el anciano profesor—. Vuelve a tu sitio, Franconi. ¡Y saca esas manos de los bolsillos!

Entonces el profesor tosió con fuerza y empezó a buscar algo en los bolsillos de su cazadora de color beige.

—¡Tiene que dejar de fumar! —lo regañó Karim, un muchacho marroquí que proporcionaba tabaco de contrabando a todo el instituto.

—No te preocupes, Karim, que el año que viene nos veremos de nuevo por aquí.

Dicho esto, el profesor, con aire de triunfo, sacó unos naipes que colocó sobre la mesa.

Los chicos estaban ojo avizor: Pierpaoli era un carcamal que solo sabía de álgebra y de conceptos, así que verlo en clase con una baraja en la mano resultaba de lo más extraño.

—¿Qué? ¿Echamos una manita a la brisca, profe? —aventuró Franconi. Franconi era el cabecilla de la Banda del Instituto, formada por unos fanfarrones que siempre se metían con Otto y que iban por ahí presumiendo de llevar todos la misma marca de deportivas.

—¿Por qué no te callas por una vez, Franconi? El mundo te lo agradecerá —le respondió plácidamente el profesor—. ¡Y vosotros, que no sois más que unos desgraciados y unos terroristas del álgebra, prestad toda la atención que podáis! Voy a poner un diez, repito, un diez..., al que acierte el siguiente enigma.

Todos dieron un brinco.

—¡¿Un diez?!

Franconi, incrédulo, seguía de pie.

—¿Y va a hacer media?

—Pues claro que va a hacer media —confirmó el profesor—.

Si no, ¿para qué iba a servir?

Otto dejó de inclinarse sobre la silla y de mirar por la ventana. Todos los vagos de la clase fueron silenciados a base de codazos y Pierpaoli se convirtió, probablemente, en el único profesor italiano de enseñanza media y superior que, durante la última hora del último día de curso, lograba mantener a sus alumnos en el más absoluto silencio.

El profesor barajó las cartas con cierta soltura, eligió tres naipes y los mostró a los chicos: eran dos reyes y un as. Volvió a barajar las tres cartas con modos de prestidigitador y las colocó boca abajo sobre su mesa.

Germi, un chico delgaducho que se sentaba en segunda fila y que tenía la nota más alta de toda la clase en matemáticas, estiró el cuello para ver mejor todo aquello.

—¿Es el truco de las tres cartas?

—No exactamente —precisó el profesor—. Tiene algo que ver, aunque para resolver el problema basta con... adivinar dónde está el as.

A continuación, el profesor carraspeó mientras se alisaba su corbata de fantasía con estampado de conejitos verdes.

—Vamos a ver..., Franconi, ya que estás de pie, ven aquí y elige una carta, pero sin darle la vuelta. Ponle un dedo encima.

Franconi se acercó a la mesa con cierta desconfianza, pues todo aquello le olía a engaño: el profesor Pierpaoli no era de los que regalaban un diez por un simple juego.

Ya tenía el dedo sobre la carta cuando el profesor añadió.

—Espera un momento.

«Ahí está el tongo».

—Antes tienes que responder a una pregunta muy sencilla: ¿cuántas probabilidades tienes de adivinar dónde está el as?

Un bosque de manos se elevó sobre los bancos, pues la respuesta era muy fácil. Incluso Franconi consiguió acertar.

—¡Una sobre tres!

—Exacto —asintió el profesor—. Hay que encontrar la carta adecuada de entre las tres: eso significa que hay dos posibilidades sobre tres de acertar.

Franconi parecía desconcertado.

El profesor dio un paso atrás y se apartó de la mesa.

—Elige —dijo a continuación.

Franconi observó atentamente el reverso de aquellos naipes con la esperanza de descubrir alguna pista, pero los tres eran idénticos. Luego, pasando una mano sobre ellos, puso cara de sabueso mientras entornaba los ojos

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le preguntó el profesor Pierpaoli, perplejo.

—Intento percibir las vibraciones del as —explicó el muchacho—. Como los magos.

Una carcajada colectiva recorrió los pupitres de la clase.

—Vamos, Franconi, elige una carta —dijo el profesor, levantando la mirada hacia el techo con cara de desesperación.

—Esta —dijo Franconi, señalando con el dedo la carta de la izquierda.

—Muy bien. Coloca el dedo sobre ella. Ahora voy a descubrir una de las cartas que no has elegido; esperemos que no sea el as.

El profesor dio la vuelta a la carta que había a la derecha. Era un rey.

—Como podéis ver, aún quedan otras dos cartas boca abajo —observó—. Tú ya has elegido una de ellas, que estás señalando con el dedo. Ahora te voy a hacer una pregunta: ¿quieres cambiar de carta?

Franconi se puso a meditar sobre ello y el resto de la clase se sumió de nuevo en el más absoluto silencio, intentando comprender adónde quería llegar el profesor.

—Si adivino dónde está el as, ¿me pondrá un diez? —preguntó el muchacho.

—Si queréis sacar un diez tendréis que responder correctamente a una pregunta que voy a hacer al final del juego.

—Bueno, pues entonces... prefiero quedarme con la carta que he elegido —dijo Franconi, frotándose la nariz con la mano que le quedaba libre.

—Muy bien. Dale la vuelta.

Franconi dio la vuelta a la carta, que exhibió con aire triunfante ante toda la clase.

—¡Es el as! ¡Lo sabía! ¡Soy un lince!

—Solo ha sido cuestión de suerte —rectificó el profesor—. Y ahora, la pregunta: si Franconi hubiera sido bueno en matemáticas, ¿habría tenido que cambiar de carta para adivinar dónde estaba el as?

—¿Pero como que «si hubiera sido»? —dijo Franconi, entremetiéndose—. ¡Si he adivinado dónde estaba!

—¿Quién puede responder a mi pregunta? —dijo el profesor frunciendo el ceño.

Otto se concentró en sus pensamientos como un zorro que olisquea la trampa: aquella no podía ser una pregunta sin más.

Era, aparentemente, demasiado sencilla y, como todo aquello que es demasiado sencillo en apariencia, ocultaba, con toda seguridad, alguna complicación.

Germi, desde la segunda fila, respondió a la pregunta.

—Habría dado lo mismo. Franconi, al elegir por primera vez, tenía una posibilidad sobre tres. ¡Después, una sobre dos! ¡El 50%!

Las dos hermanas Ferrero se sonrieron, pues todo aquello les había recordado a los descuentos del 50% que se hacían en las rebajas.

Franconi observó con mirada obtusa aquellas cartas, dos boca arriba y una boca abajo, que se encontraban sobre la mesa.

—Me parece que Germi tiene razón una vez más —admitió desalentado mientras veía cómo el diez desaparecía en el horizonte.

—Pues Germi se ha equivocado —replicó el profesor por sorpresa, esbozando una de sus poco frecuentes sonrisas—. Las posibilidades de la segunda elección no son en absoluto una sobre dos.

Aquella respuesta tuvo sobre Germi el mismo efecto que un disparo.

—Pero... pero... —balbució Germi mientras parpadeaba desconcertado—. Si tenemos que elegir una de las dos cartas que están boca abajo es evidente que habrá un 50% de posibilidades de acertar.

Otto levantó la mano.

—¿Sí, Perotti?

—Bueno, aunque no estoy seguro... —dijo mientras echaba un vistazo a su cuaderno, que había llenado de garabatos—. Yo pienso que es mejor cambiar la carta elegida tras descubrir una de las otras dos. Las posibilidades de encontrar el as... se multiplican por dos.

Todos observaron a Perotti como si fuera un marciano, y Otto, que odiaba ser el centro de la atención, se puso colorado.

—Cállate, Perotti —dijo Franconi, que lo fulminó con una mirada de odio.

—Continúa —intervino el profesor, añadiendo, en beneficio de todos aquellos cabezas huecas que miraban a Perotti con asombro—: Afirmas que cambiar la carta elegida multiplica por dos las probabilidades de acertar. ¿Por qué?

Otto, sacando fuerzas de flaqueza, se dirigió a la mesa del profesor y le mostró el cuaderno.

—Yo he hecho este esquema, pero no sé, a lo mejor es una tontería...

El profesor Pierpaoli echó un vistazo al cuaderno y exclamó:

—¡Bien! ¡Muy bien, Perotti! Cópialo en la pizarra.

Otto, haciendo una mueca de disgusto, obedeció al profesor, mientras Franconi bufaba a sus espaldas como un toro enfurecido.

Otto dibujó en la pizarra la siguiente tabla:

	Carta 1	Carta 2	Carta 3	Resultado
Intento 1	as	rey	rey	Si no cambio, gano
Intento 2	rey	as	rey	Si no cambio, pierdo
Intento 3	rey	rey	as	Si no cambio, pierdo
Intento 4	as	rey	rey	Si cambio, pierdo
Intento 5	rey	as	rey	Si cambio, gano
Intento 6	rey	rey	as	Si cambio, gano

—Y ahora, por favor, explícanos cómo hay que interpretarlo —le pidió el profesor.

Otto carraspeó con aire titubeante.

—Ejem, bueno, pues... Yo he supuesto que siempre elegía la carta 1 y en esta tabla he escrito todas las combinaciones posibles, tanto si me quedaba con la carta 1 como si decidía cambiarla por otra... En la segunda fase —y aquí Otto indicó la segunda tabla—, si decido cambiar mi elección inicial tengo más posibilidades de ganar. ¡Es más, el doble de posibilidades!

Germi garabateaba frenéticamente en su cuaderno y confrontaba su resultado con el de Otto.

—Anda, pero si Perotti tiene razón —admitió—. Pero... ¿no es posible!

—Pues sí que lo es —intervino el profesor—. Cuando elegimos la carta por primera vez tenemos dos posibilidades sobre tres de equivocarnos. Tras haber descubierto la carta equivocada, nos quedan de nuevo dos posibilidades sobre tres de equivocarnos, pero ahora hemos eliminado una de las cartas perdedoras, así que la que nos queda tiene dos posibilidades sobre tres de ser la carta correcta.

La clase avanzaba a tientas en medio de aquel oscuro enigma. Otto y Germi se intercambiaron una mirada cómplice, pues habían entendido el concepto. Sin embargo, todos los demás seguían observando la tabla, incapaces de descifrar aquel clásico acertijo.

—Sí, pero... si hacemos caso de eso... ¡Yo estaría equivocado! —exclamó Franconi mientras exhibía aquel as que había descubierto a la primera.

—Bueno, chicos, si seguís mi razonamiento... —empezó a hablar el profesor, sonriendo.

Justo en aquel momento sonó el timbre.

Le fue imposible terminar la frase.